

DE BUENAS LETRAS

# Fernando Morales, un exquisito

ROSAURA ÁLVAREZ

**F**ernando Morales Henares poseía el don de la exquisitez, rara gracia que rara vez se concede. En una valoración de su vida, de su arte fotográfico, la exquisitez hunde la balanza. Rasgo fundamental por imprimir carácter. Se revela en la distinción que domina el ser y que derrota, en el más mínimo gesto, lo soez, lo chabacano. Su grado de refinamiento para lo culto, para lo bello, era la imagen que más rápida nos transmitía.

A poco de conocerle, tuve la fantasía de haberme tropezado con un hombre del Renacimiento. De profesión ingeniero industrial, consejero de empresas, académico de Bellas Artes en Granada, su profundo saber en temas humanísticos hacían de él un ser polifacético; espécimen extraño en este mundo de especialidades ínfimas, donde el hombre queda fosilizado en una única y mínima parte de sus posibilidades. Únase a ello su talante cortés en formas que hoy se consideran atávicas: ceder la derecha, el gesto, el tono... eso tan difícil que es la interna elegancia, y que ciertamente no se aprende. Balzac nos dice: «El hombre se hace rico; nace elegante».

Pero, además, era generoso. Recuerdo que un amigo necesitaba una buena fotografía de la Encarnación de Risueño en el tondo de la catedral. Llamé de inmediato a Fernando; no solo no puso un mínimo reparo sino que, enterado de la invalidez de mi amigo, no se comunicó por teléfono –como yo le indiqué–, se fue a su casa a ofrecerle su servicio y, algo más, exclusivo de espíritus anchos, se prestó para ayudarlo en todo lo concerniente al libro. Es un simple ejemplo. Pero si sumamos todo ello nos encontramos, no solo con un fotógrafo eminente, sino con una hermosa personalidad. En sus exposiciones, cada una de sus fotografías era un compendio de detalles sabios, delicados, que ofrecían una obra única.

Existen artistas, que los reconocemos porque sus obras lo atestiguan; no obstante, en su trato personal, nuestra percepción detecta un desajuste, como si aquella persona en su manifestar externo no respondiese a lo que de meritorio hallamos en su obra. En el caso de Fernando hay que afirmar exactamente lo contrario, bastaba verle para percibir su grado de exquisitez.

Me ha parecido necesario recordar esta pre-

sencia en el 25 aniversario de su muerte, no solo como testimonio de amistad, sino porque los comportamientos de la sociedad actual tienden, de manera abrumadora, a ser opuestos. A interpretar la ordinariez como sencillez, la afirmación del ser como petulancia, las maneras más rudas y procaces como las más veraces y dignas de alabanza.

En estos días, he tenido en mis manos su grandioso libro ‘Granada, la ciudad en el tiempo’, donde la ciudad queda fotografiada –más de 200 imágenes– con visión netamente original. Libro de cuidado y gran formato, con colaboración de Antonio Gallego Morell y Antonio Muñoz Molina y editado por Comares (1989). ¡Cuánto amor, primor, puso Fernando en este libro! En él la belleza de Granada no solo son fotografías, pues hay un hacer esmerado en los textos, fragmentos de los mejores poetas, narradores, historiadores. Fernando, en su profundo y erudito prólogo, da las claves de su visión artística, que, por cierto, en nada le preocupa que a la fotografía se le otorgue o no la categoría de arte. De esa Granada dice Carvajal en un soneto dedicado a Fernando: «Y queda la ciudad hecha a medida / de quien la sabe y siente y la arrebatá». En ‘Iconografía mariana en la catedral de Granada’, escrito por Juan-Alfonso García, andan parejas la sensibilidad poética del compositor, con las fotografías bellísimas de Fernando. Pero, además, este ser poliédrico nos ha dejado diversos y numerosos artículos donde muestra no solo su extenso saber, sino también su pulcro estilo literario.

Desde nuestro hoy, estimo que la vida de Fernando Morales, como la de otros granadinos nobles que nos han precedido, son los que en verdad hacen cultura, historia viva, de modo que pasando quedan.